

La guerrilla de Michael Moore

Para quienes no conocían a Michael Moore, su discurso en los Óscaros lo volvió un referente del disenso. Ahora se presenta en México el último de sus lúcidos alegatos contra el establishment estadounidense, Bowling for Columbine, que explora la relación fatal entre el miedo y la posesión de armas.

El 20 de abril de 1999, con apenas horas de diferencia, el presidente Bill Clinton se vio obligado a dar dos mensajes por televisión. En uno de ellos prometía a su gente que trataría de evitar el mayor número posible de bajas civiles en el que sería el día más largo de bombardeos a la ciudad de Kosovo. En el otro, se lamentaba por la tragedia ocurrida en una preparatoria llamada Columbine, en Littleton, Colorado, en la que dos adolescentes habían introducido armas en las grandes bolsas de sus gabardinas negras y habían abierto fuego indiscriminado. Tras causar la muerte de trece compañeros y habiendo herido a otros veintiocho, ambos se habían suicidado disparándose sus rifles en la boca.

Los días que siguieron a estos dos anuncios, las pantallas de los noticiarios dejaron de transmitir la guerra de Kosovo y se concentraron en buscar culpables para la tragedia de Columbine. Muy pronto encontraron a la figura que buscaban tanto como si se tratara de un tercer asesino: era un señor muy alto y flaco, maquillado todo de blanco, que se hacía llamar Marilyn Manson y que cantaba canciones *del diablo*. No había duda, decían psicólogos y opinadores: Marilyn Manson era la influencia más negativa sobre Eric Harris y Dylan Klebold, los niños asesinos de Columbine. Estaban todos tan seguros de ello que la cara larguirucha y pálida de Manson desplazó de las pantallas al rostro del carismático Clinton, tan ajeno a la tragedia de Columbine, tan dedicado a su guerra.

Este sainete macabro es narrado por Michael Moore en su sonado documental *Bowling for Columbine*, una tesis sobre la incidencia de muertes en Estados Unidos, sobre todo entre menores de edad, causadas por armas de fuego. Tras ironizar con estos ejemplos sobre la ceguera de sus paisanos, Moore inserta la entrevista con el que se corona como el opinador más articulado del documental. “¿Quién tiene más influencia sobre la población de Estados Unidos: el Presidente o yo?”, se pregunta Manson, resignado a que la respuesta es obvia pero a él le pasaron la cuenta. “Yo soy el *poster boy* del miedo —dice muy serio, con los ojos de colores distintos y los labios pintados de negro— en un país aterrorizado por sus propios medios de comunicación.” Michael Moore lo escucha con respeto y apoya sus palabras con fragmentos de noticiarios que dedican sus horas pico a mostrar los peligros latentes en las escaleras eléctricas, en los mapaches silvestres y en las plagas de abejas



Bowling for Columbine, o cómo comprar balas en el súper más cercano.

africanas que al final nunca llegan a Estados Unidos.

Tras su reciente premiación con un Óscar —y beneficiada aún más por el discurso antibélico de Moore en la premiación—, *Bowling for Columbine* es el trabajo más conocido de un documentalista único en su tipo, con una trayectoria dedicada a un solo objetivo: denunciar los abusos del *establishment* estadounidense. La película *Roger and Me*, las series de televisión “TV Nation” y “The Awful Truth”, el libro *Stupid White Men (and Other Sorry Excuses for the State of the Nation)* y apariciones en decenas de *talk shows* y donde sea que haya que armar alboroto, son todas piezas sin precedentes, no sólo por su hondura periodística, sino por poseer una cualidad subestimada en la práctica del desenmascaramiento de realidades terribles: un sentido del humor punzocortante, que, en aras de hacer literales las aberraciones y contrasentidos de ciertas instituciones, resulta en una sátira negrísima y políticamente incorrecta. (Es el caso de los episodios “The Awful Truth”, en donde, por ejemplo, Moore ayuda a un enfermo de páncreas a planear su propia “fiesta de funeral” y repartir las invitaciones —con esqueletitos y globos pintados— en el edificio de la aseguradora médica que hasta ese feliz día se había negado a pagar el trasplante.)

Bowling for Columbine no escatima un ápice de ironía, y convierte el recuento de una matanza brutal en una comedia en su sentido clásico: el del género creado para evidenciar la

descomposición social, en el entendido de que el hombre ridículo, mucho más que el cruel, es despreciado por unanimidad.

La estrategia de Michael Moore se despliega en *Bowling...* desde la primera escena: la descripción de un día típicamente estadounidense, *Star spangled banner* de fondo, en el que “el granjero realiza sus labores, [...] el presidente bombardea otro país cuyo nombre no podemos pronunciar, [...] y dos chicos van a jugar boliche a las seis de la mañana”. Más tarde se nos informará que jugar boliche era una materia con valor curricular en Columbine, y que ésa fue la última actividad de Eric y Dylan antes de cometer sus asesinatos. (¿Por qué no entonces —se pregunta Moore— culpar al boliche por Columbine, en la misma línea de pensamiento que inculpa su gusto por la música de Manson?)

Una joya del documental es la entrevista del director a James Nichols, un sujeto que, además de cultivar vegetales orgánicos en su granja, guardó durante un tiempo material explosivo como un favor a su amigo Timothy McVeigh (mejor conocido como el Unabomber, ejecutado en televisión nacional). Nichols, muy orgulloso de sus verduras (“muy saludables y naturales”), y de dormir con una Magnum 45 bajo la almohada (“hay mucho loco allá afuera”), le explica a un Michael Moore hierático las razones que tuvo para ayudar a MacVeigh. La más elaborada de todas es “la resistencia que hay que oponer al gobierno que lo quiere controlar todo”. “¿Y por qué no hacer como Gandhi —pregunta Moore— y organizar una resistencia pacífica?” Nichols mira al vacío por cinco segundos invaluable. Al final responde, contrariado, que “no está familiarizado con el caso”.

Moore entrevista a Nichols por la misma razón que entrevista a gente del Canadá opinando sobre estadounidenses (“todo el tiempo tienen miedo”); a vendedores de casas en Michigan, el valor de las cuales sube según su número de cerrojos (“el ladrón y el violador están en cualquier parte”); al actor Charlton Heston, presidente de la National Rifle Association (“el problema es la etnicidad mezclada”), y a todos aquellos, en apariencia ajenos a Columbine, que le permiten demostrar su teoría de que la solución al problema de la violencia no es protegerse de más sino todo lo contrario. Los casos de escuelas que, a partir de los tiroteos, expulsaron a ciertos niños por “apuntarle” a sus compañeros con una pierna de pollo denuncian una paranoia que no sólo acaba justificándose por la violencia que genera, sino que, sostiene Moore, amenaza con volver a los estadounidenses el tipo de personas que confunden la comida con



Moore: de armas a armas.

Fotos: cortesía Artecinema

las pistolas, por usar un ejemplo burdo de una psicopatía grave.

Con su gorra de béisbol y ropa de gringo fodongo, Moore es tildado de payaso por algunos miembros de la derecha política y religiosa, es incómodo a morir para la *corporate America*, y ha sido objeto de un insulto entrañable por parte de George W. Bush: “¡Consíguete un trabajo de verdad!”, le grita aterrado cuando ve que se le acerca (en esa ocasión particular, para invitarlo a aventarse en un *mosh pit*). Sus imbricadas teorías son en sí mismas un tanto paranoicas: pedigrí de un estadounidense de cepa, miembro activo de la National Rifle Association, que admite tener una casa de 1.9 millones de dólares y que sabe que, confesando todo esto, saca todavía más ronchas a sus muchos enemigos conservadores.

La guerrilla de Michael Moore debe darse por legítima tan sólo porque sus vehículos —la inteligencia y agudeza— son atributos pálidos en los objetos de su denuncia. De *Bowling for Columbine* se aprecia no tanto en el argumento que explaya, sino que lo haga siempre apelando a la sagacidad y vena mordaz de un espectador tolerante. Cualidades, uno diría, de un ciudadano ideal para quien Marilyn Manson hace más sentido que dos presidentes consecutivos, y porque esto, en el país que retrata Moore, es un síntoma constatable de sabiduría y salud mental. —

— FERNANDA SOLÓRZANO

1/2 h

inherm

1/2 h

casa refugio

Memoria para la biblioteca

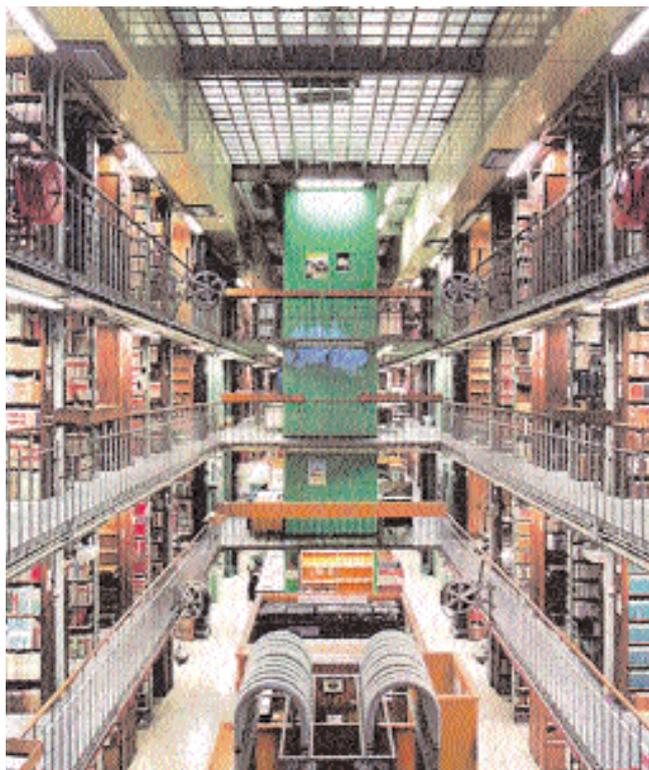
Ya tiene siete finalistas el concurso para la Biblioteca Nacional “José Vasconcelos”, conocida popularmente como megabiblioteca. Miquel Adrià analiza los pormenores de esa selección y la viabilidad de una convocatoria como ésta en una democracia que no ha alcanzado su punto de madurez.

El concurso de arquitectura para la nueva Biblioteca Nacional “José Vasconcelos” se anunció a bombo y platillo, o actualizando los términos: por radio, prensa e internet. Dada a conocer como el gran acontecimiento del actual gobierno, a falta de signos patrios recientes, la convocatoria parece más una excusa para celebrar el fin del sexenio foxista: un monumento.

Finalmente, parte del jurado se reunió y falló los siete equipos finalistas, dando señales precisas de su talante y posición. Un jurado de lujo que prometía estar compuesto por reconocidos arquitectos internacionales de la talla de Shigeru Ban, Aaron Betsky o Tod Williams, acabó formado en esta etapa por el arquitecto colombiano Carlos Morales, Carlos Jiménez de Houston, Jorge von Ziegler, director general de bibliotecas del CNCA, el ingeniero civil Francisco de Pablo, la bibliotecóloga Elsa Ramírez, los arquitectos mexicanos José Luis Cortés, Felipe Leal, Mario Schjetnan, la catalana Carmen Pinós, el estadounidense Mark Rovins y la canadiense Brigitte Shim. Este extenso grupo evaluó 592 propuestas y escogió doce proyectos, de los que se estudió el currículo para seleccionar a los siete finalistas.

Éstos fueron: el equipo formado por el mexicano Isaac Broid junto a los colombianos Daniel Bonilla y Giancarlo Mazzanti; los mexicanos Alberto Kalach, Juan Palomar, Tonatiuh Martínez y Gustavo Lipkau, que propusieron un jardín botánico rodeado de biblioteca; David Chipperfield de Londres y Josep Lluís Mateo de Barcelona, con cajas neutras sustentadas en sus obras construidas; Salvador Arroyo, Juan Carlos Tello y Alejandro Hernández Gálvez, siendo éste último el crítico más radical a la convocatoria y único equipo que incluyó a “jóvenes locales”; Eric Owen Moss de Los Ángeles y el brasileño Héctor Vigliecca con proyectos que apelan desde la distancia al pasado prehispánico, a la plaza o al Sol.

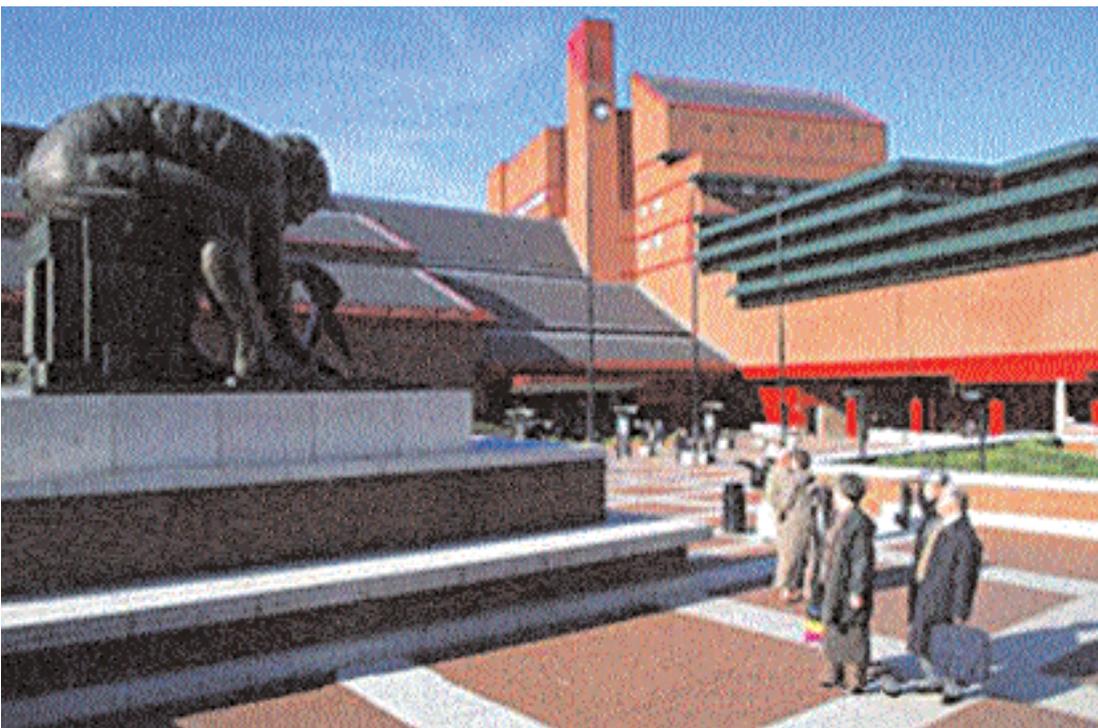
Con ellos el jurado apostó por una generación intermedia de notables arquitectos en pleno desarrollo y reconocida trayectoria, evitando el brillo espectacular de las grandes estrellas del universo arquitectónico, que sin duda se presentaron. A



La Biblioteca Nacional de Francia, un modelo digital.

su vez apagó las suspicaces críticas que aseguraban el éxito amañado de TEN Arquitectos y la indudable inclusión de González de León o Legorreta, beneficiarios de reinos pasados. El cauteloso jurado tejió, en la última fase de selección, un cuidadoso equilibrio geográfico e integró un equipo joven al grupo. Es decir, se establecieron las condiciones para pasar a la segunda fase, sin presiones, sin suspicacias y sin crítica sólida (aunque quedan muchos críticos en constantes exhibiciones de autoinmolación).

En la segunda fase, que juzgará un nuevo jurado los días 2 y 3 de octubre, se definirá el proyecto ganador del futuro conte-



La British Library, otro referente de tecnología.

nedor de libros. Pero una biblioteca es algo más que un edificio representativo o un conjunto de cajas a la moda; es el cerebro de una cultura, la cabeza de un proyecto vertebrado capaz de conectar todas las bibliotecas de la República y del mundo, con los medios más sofisticados. Para ello habría que empezar por el contenido antes que por el contenedor, construyendo un acervo y, sobre todo, una cultura de la lectura.

Y siempre fue así: la biblioteca de los Ptolomeos de Alejandría, que llegó a contener setecientos mil rollos, parece ser que se erigió cuando ya poseía una notable colección; la de Isidoro de Sevilla se construyó para guardar “muchas cosas sagradas y otras muchas mundanas”; y la Biblioteca Laurenciana de Florencia, que Miguel Ángel hiciera famosa con la escalera manierista y excesiva por la que se accede a ella, era para almacenar y catalogar los libros que Lorenzo el Magnífico ya tenía. Sin ir tan lejos, la Biblioteca Palafoxiana de Puebla es el resultado de un largo proceso de captación, clasificación y censura virreinal que culminó con la apropiación de una capilla existente, para convertirse —ya entonces— en un orgullo para el obispo-poblano y para la corona que servía.

El mismo Mitterrand hizo construir la nueva Biblioteca Nacional con el respaldo logístico de la red de bibliotecas francesas y ante la presión del creciente aumento de colecciones y usuarios. Asimismo, la reciente Biblioteca de Alejandría, que proyectó el noruego Snoetta —resultado de un exitoso concurso—, se inició con un convenio internacional para nutrirla de libros de todo el mundo, aunque ahora el intransigente islamismo imperante frustra con censura teocrática el idílico proyecto.

Pero para construir un acervo, una colección, una cultura de

la lectura, hace falta tiempo. Y el concurso se convocó con prisas, para inaugurar el edificio ganador antes de finalizar el sexenio que corre, con el riesgo de echar a andar un nuevo elefante blanco. No hará falta mucha memoria para recordar que la biblioteca del Centro Nacional de las Artes se inauguró con unos pocos libros en los primeros anaqueles a los que llegaba la vista de las cámaras, en la inauguración triunfal del saliente presidente Salinas, y la Videoteca Nacional Educativa sigue semialetargada y sin contenido tras la discreta inauguración del presidente Zedillo.

Otro asunto es el concurso de arquitectura —*per se*— como ejercicio democrático. En los primeros balbuceos de la democracia mexicana se trató de abordar el camino del concur-

so, que tan buenos frutos ha dado en los países donde es el mecanismo obligado para contratar un proyecto para la administración. Aquí fueron precipitados, y a veces partían de hipotecas electoralistas tan pesadas que acababan abortando en el proceso de adjudicación. Fueron torpes intentos de un país con poca tradición —por este orden— entre los arquitectos. Cabe recordar, por mencionar unos ejemplos, los concursos del Zócalo o de la Casa de las Ajaracas, en el Centro Histórico de la ciudad de México, ambos profusamente publicados en sus momentos, y todavía por hacer.

Con todos estos referentes, con la memoria colectiva, debe lidiar el concurso para la nueva Biblioteca Nacional de México. Tiempo al tiempo. Y queda por ver si la exclusión de los más jóvenes, los apresurados plazos y un prudente jurado claramente alineado con el internacionalismo local, no son más que mecanismos para satisfacer los intereses electoralistas del gobierno, que espera inaugurar el nuevo elefante sin libros antes de finalizar el sexenio. Llegado el caso, habría sido mejor un arco triunfal o una estatua ecuestre.

Sin embargo, más allá de las suspicacias, habrá que confiar en que este concurso, como los anteriores, sea un paso certero hacia la construcción de un proceso democrático y plural de una profesión que ha ido perdiendo su compromiso con la sociedad, y que necesita concursos para enmendarse. Quizá esta convocatoria podrá mostrar un panorama de la arquitectura nacional e internacional de principio de siglo y, con suerte, logre trascender la propia disciplina. —

— MIQUEL ADRIÀ